Leopoldo de Luis

La sencillez de las fábulas

Premio
Provincia de Guadalajara
«José Antonio Ochaita», 1987

LEOPOLDO DE LUIS

Córdoba, 1918. Poeta y crítico. Pertenece a la llamada primera generación de postguerra. Comenzó a colaborar en las revistas «Garcilaso» y «Espadaña» y ha realizado una amplia labor como colaborador de publicaciones y en lecturas poéticas. Es igualmente extenso su quehacer de crítico y de conferenciante.

BIBLIOGRAFIA POETICA

Entre sus libros de poesía figuran: «Los imposibles pájaros», «El extraño», «Teatro real», «Juego limpio», «La luz a nuestro lado», «Con los cinco sentidos», «Poesía (1946-1974)», «Igual que guantes grises», «Una muchacha mueve la cortina», «Del temor y de la miseria».

PREMIOS

Desde 1952 en que obtuvo el Premio «Pedro Salinas», del Ateneo de México, ha recibido numerosas distinciones. En 1979, el Premio Nacional de Literatura.

La sencillez de las fábulas

Un Jurado encabezado por el académico José García Nieto e integrado por José Mª Alonso Gamo, José Díaz, Carlos Murciano y Juan Van-Halen, bajo la presidencia honorífica del Presidente de la Diputación, Francisco Tomey Gómez, otorgó a este libro el Premio Provincia de Guadalajara «José Antonio Ochaita», 1987.

Copyrigth: Leopoldo de Luis
Sobrecubierta y diseño de la Colección: Francisco Martín
Viñeta de la Colección: Julián Grau Santos
Dibujo del autor: Antonio Colmeiro
I.S.B.N.: 84-505-8115-X
Depósito Legal: M. 37.879-1988
Reservados todos los derechos

Imprime Gráficas Dehon
Torrejón de Ardoz (Madrid)

Leopoldo de Luis

La sencillez de las fábulas

FABULAS ULTIMAS

Vivir es fabular, y fabulamos
mientras vivimos, fábulas mortales
donde hablan los pequeños animales
que en nuestro pecho todos amparamos.

Vivir es ir haciendo, en lentos tramos,
un camino de rutas otoñales
donde vamos dejando hitos verbales
y cortando recuerdos como ramos

del árbol que nació en el primer día.
La fábula es la estricta poesía
que para subsistir nos hace falta.

Las últimas y tristes ahora escribo,
cuando visitas de un jaguar recibo
y una sombra de pájaros me asalta.

PRIMERA FABULACION

FABULA (I)

Aquel hombre se puso su chaqueta
y se miró al espejo: de repente
vio que era su cabeza la de un buitre.
Pudo pensar una sanción divina
y sintió el aire duro y el acero
de no visibles alas imperando
en el choque metálico del cosmos.
Deshechas de su cuarto las paredes,
vio el cielo abierto y clausurada el alma.

Según la extraña fábula aquel hombre
al vestirse cobró rostro de buitre.
Mas tal vez fue un error del fabulista
y se trató de un buitre, simplemente,
que un día se vistió chaqueta de hombre.

FABULA (II)

Consistía el milagro en que una dulce
paloma echó a volar, y por el cielo
su cola se volvió ramo de flores.
El aire era un jardín desarraigado,
era una transportable primavera,
pluma o rosa la luz transfiguraban
los móviles colores de la brisa.

Un milagro o paloma, un vergel o sus alas.
La pequeña cornisa del Palacio
de Comunicaciones vio postales
de botánicos juegos voladores,
cartas desparramadas como pétalos
y la Paz recogió desde su símbolo,
desde su alegoría fugitiva,
un terciopelo azul de heliotropos.

Cuando cesó el milagro, aún existían
cazadores furtivos,
y el aire era una hoguera.

FABULA (III)

Hay un pájaro gris, tan transparente
que a su través distínguense las nubes.
De cristal o de tul, entre sus alas
el horizonte es una azul vislumbre.
Vuela sobre las olas e invisible
hasta su cuerpo el mar la espuma sube
y el pájaro no sabe si es el agua
o la sal, o es el cielo lo que asume.

Aquí, junto a nosotros, ahora el pájaro
a colocar su transparencia acude
y todo lo vivido nos parece
que en el vuelo diáfano concluye.

Mas de pronto sentimos que sus plumas
pesan y que su pico, duro, se hunde
en nuestra carne, y duele. Y comprobamos,
con más desilusión que pesadumbre,
que tanta transparencia no era pura
igual que oro no es cuanto reluce.

FABULA DE LAS ROSAS PERDIDAS

No lloréis por las rosas

Laurent Tailhade

No lloréis por las rosas, porque vuelven
y repiten sus labios laberintos.
No se pierden las rosas: perseveran
en lentas cabelleras de perfume.

Llorad por esos niños maltratados,
por los pequeños mundos sin destino,
por esa creación irrepetible
que es el hombre frustrado y que no vuelve.

No lloréis por las rosas amarillas
que son del sol minúsculos espejos,
ni por las rosas blancas: las madejas
de luz, ni por las rojas: bocas puras.

Llorad por esas flores condenadas
donde otro sol no brilla y otro hilo
de luz no se devana y una boca
va a decir **vida** y sólo dice **miedo**.

FABULA DEL VIEJO POEMA

Un lobo transitaba entre nosotros
como Rubén Francisco quiso un día,
con nuestro propio pan se alimentaba,
nos rozaba las piernas su pelambre.

Le recitamos versos y oraciones
y escuchamos sus pálidos aullidos
mientras se habituaba a nuestra vida
y apoyaba su testa en nuestras manos.

Dicen que aprendió a ser fraterno en Gubbia
y que a Madonna Povertá besaba
las manos y seguía con los ojos
los rebaños dorados de la tarde.

Cada mañana en sus oídos era
bien venido el cantar de Fratre Sole
y a la noche, tendido junto al fuego,
se dormía al arrullo de los salmos.

Es una vieja historia que armoniza
con los dodecasílabos de ritmo
rubendariano y toma su perfume
entre pequeñas flores franciscanas.

Sin embargo de pronto comprendemos
que nos habita ese animal extraño
y que cuando volvió por su fiereza
fue cuando descubrió que era nosotros.

FABULA DEL ZOO

El viejo guarda del jardín ignora
las manipulaciones del suceso.
Un día como tantos. Ya la fronda
del parque se inclinaba hacia el otoño
y la tarde delgada introducía
su desnudez elástica en las jaulas
hechas de rumorosas confusiones.

Un hombre caminó entre la alambrada
del zoo, entre luces, hacia las glorietas
donde habitan felices: semi libres
las bestias cimarronas y solípedas,
los onagros tobianos y sus hembras
cebrunas, la cerrera yegüería
de exótico pelaje... Anduvo errando
por el artificial bosque amarillo,
entre sus zoológicas especies.

Nadie lo volvió a ver. Ni la campana
del horario logró atraer su vuelta
ni las rondas de lentos cuidadores
señalaron su rastro en los parterres.

Sólo los niños ven que, ciertas tardes,
por las glorietas donde triscan libres
algunas bestias, cruza de repente
la sombra de un centauro.

FABULA DEL CENTAURO

El centauro reune, diferentes,
lomo de bestia y arco de talento.
Mas tú eres a la vez el anca firme
y la conciencia plena de ti mismo,
a un tiempo las pezuñas que galopan
y la cabeza que la luz indaga.

El centauro pasea, el torso erguido,
al suave sol de la mitología
y Sagitario sube a las estrellas
escoltado por ramas del Otoño.
Tú pisas la ceniza de la tierra
y el Invierno en tus ojos es presagio.

Deja al centauro que se aleje, nada
compartís. Muy distinta
tu doble condición, tu extraña suerte
de unir furia y paloma, sombra y luz,
espasmo glandular e involuciones
cerebrales. Materias implicadas.

FABULA GRIS

Como la hembra del león que pare
a sus cachorros muertos
y a los tres días les insufla vida
el león con su aliento,

nacen inertes los poemas, son
un poco de silencio.
Cuando después los leen otros ojos
cobran vida los versos.

Estoy resucitando entre mis libros
poetas de otros tiempos:
por mí vuelven a ser y se levantan
como después de un sueño.

La cabeza apoyada entre las manos:
cumpliendo un sortilegio,
se descubren respuestas a otras luces
y desde otros cerebros.

Haz ahora algo por mí: toma estas fábulas
donde mi vida entrego,
pasa tus ojos de mujer, de suave
león por estos cuentos:

aquí nacen cachorros de poemas
con su fiereza dentro
y esperan de tus labios otra fábula
de leones bicéfalos.

FABULA DEL SAPO

La **Botánica oculta** del poeta
Juan Perucho relata la aventura
de Livingstone en tierras africanas
cuando un sapo hablador salvaba al negro
de lengua mutilada ritualmente.

Es una fabulilla que alecciona
y que nos estremece al mismo tiempo.

No nos cuenta el poeta la siguiente aventura
sucesiva del sapo, que ve hundirse
en cenagales hondos negros mudos.
Todos sin habla, en medio de un pantano,
desesperadamente repetimos
el trágico suceso, y el humor
de **El falso Paracelso** es un sarcasmo.
Porque todos llevamos en el hombro
o sobre la cabeza un sapo vivo
que croa para ver si alguien nos salva,
aunque no llegue nunca Livingstone.

EL CABALLO GRIS

Hay un caballo gris en la arboleda.
Cuando paso fugaz, tarde en acecho,
lo descubro entre espumas amarillas
y cortezas azules del otoño.

Es como plata este caballo al sol
del ocaso, quizá como ceniza
o como sueño que deshace azogues
de espejos rotos. Y el caballo pasa.

—Adios, caballo gris... Ya estamos lejos.
Quedó atrás la arboleda, el campo tiene
una desnuda soledad que se hace
a mis ojos ausencia de un caballo

que pudo transitar por bosques niños
y acaso yo monté, sin darme cuenta,
porque somos jinetes inconscientes
de un gris caballo que galopa ciego.

VIEJOS CABALLOS

En los lomos ceniza de estos viejos caballos
ha dejado la tarde sus estigmas impuros.
Cabalgar no es lo mismo que mirar la otoñada
en los ojos remotos de corceles de sombra.

En los belfos heridos es el aire una rosa
invisible de húmedos pétalos machacados
y laten los ijares como pájaros rotos
tal que si la fatiga se condensase en ala.

Hemos visto cruzar un centauro que mira
con piedad y tristeza a estos viejos caballos
y la vida se ha vuelto de pronto dulce yegua
que come en nuestra mano el azúcar de un sueño.

LA LEYENDA

Reunió a sus soldados: recordó
las viejas algaradas, los caminos,
el fragor de las largas correrías,
las almenaras rojas del castillo,
el galopar por yermos hacia el Norte,
la sombra de palacios derruidos,
los rotos estandartes, los arneses
donde el sudor ponía extraños brillos.

Reunió a sus mujeres: recordó
las manos en que el sueño tuvo nido,
el fulgor de la carne enamorada
la imperiosa verdad de los sentidos,
el halago de un tiempo tan hermoso
que aproximaba un poco el paraíso
y la mirada honda de una sola
que un día le volvió de pronto él mismo.

Era sólo leyenda y sin embargo
creyó sentir que todo fue vivido.

LOS CABALLOS

Pasaron los caballos blancos,
pasaron los caballos rojos,
se acercan los caballos negros.
Pero el Centauro los contempla
desde su torre de sentido,
los oye golpear, inquietamente,
sobre la seca lumbre oscura
y los ignora como si
no se llevaran media vida.

Los caballos llevan la media
realidad viva del Centauro
y entre sus crines empenachan
la libertad que él nunca tuvo.
Los caballos saltan el cerco
del sol, del mar pisan las lágrimas,
rompen espejos de la luna,
raptan cuerpos adolescentes.
Los caballos beben la noche
en los lagos puros del día,
beben el alba por las fuentes
inagotables de la noche.

Un caballo enterrado vivo
resucita como paloma
y se desliza hasta la frente
que preside la media vida
necesitada del Centauro.

Entre caballos que se alejan
y entre caballos que se acercan,
el Centauro pasa creyendo
—más ignorante que orgulloso—
que no se llevan su destino.

LA CIUDAD

En pequeñas manadas los centauros
hoy atraviesan las ciudades.
Lejos sus bosques y sus frondas
para míticos habitáculos.
Ahora exhiben obscenamente
su corpulencia paradójica,
su figura espectacular.
Nadie parece percibirlo
y transitan sin importancia
mientras se torna un gran sestero
la ciudad y los lomos frotan
por los quicios sus cordilleras.

Los centauros aborrecieron
su peristilo forestal
y tamborean con sus cascos
la seca pista urbanizada.
Desde arbóreos intercolumnios
sus grupas, sueltas de los frisos
y las metopas vegetales,
trotan en tráfagos mecánicos
En sus frentes se eclipsó el sol
de los paisajes mitológicos.

Nadie parece darse cuenta
de que centauros se deslizan
absurdamente, y muchedumbres
van adaptándose a su forma
y proliferan sus estampas
medio feroces, medio tristes,
y convivimos con centauros
o acaso somos ellos mismos.

PAISAJE

Sale el sol entre nubes y aparece el centauro
presentando su escudo de cósmico latido.
Ramas enardecidas le golpean los lomos
y arranques seminales electrizan sus ancas.

Cuando rompa la tarde sus copas en la piedra
sombría, la tristeza o sus pálidas rosas
dejarán por la frente del centauro el temblor
de la idea flotando en su cielo hacia adentro.

El día es un centauro hecho de luz y sombra
que pasta en este claro paisaje casi sueño,
y sentimos que cruza hacia ciegos rebaños
mientras nos deshacemos entre el tiempo y su nada.

EDAD MEDIA

Las viejas ordalías descargan sus sentencias.
Armaduras, ropajes, gualdrapas y caballos,
como tribulaciones retrotraen la edad media
a las habitaciones en que escribo
el lento testamento de mi historia.

Juicios de Dios sobre mis hombros, sobre
mi cabeza. Batallas. Enemigos.
Largas supersticiones enredan su rosario
yedra al pecho. Plegarias o conjuros
excitan sobre mí plagas o pestes.

Derrotado,
cruzo llevando de la rienda un viejo
caballo en cuyo lomo cabalgó la alegría.

UN ARBOL EN LA MESA

Tuve una vieja mesa de madera
a la que le creció un árbol extraño.
Ya no pude escribir sobre su tabla,
pero a su sombra imaginé poemas
como pequeñas nubes por la copa
de aquel árbol frondoso que no cupo
al fin entre los muros de mi casa.

Algo me mutilé por dentro cuando
debí cortar el tronco que invadía
con su hermosura extemporánea el claustro
de mi pobre aposento. Algo me duele
todavía, y un bosque crece oculto
desde entonces al fondo de mí mismo
cual si multiplicándose hacia adentro
fuese cobrando su venganza el árbol
que un día yo talé en mi vieja mesa.

LA MANZANA

Fue en un día cualquiera. Una mañana
la trajeron en un cesto de fruta.
En su esfera alegórica la tierra
debió de aprender curva hermosa y dulce.
La suave piel igual que una alegría
y el fragante color, una esperanza.
La manzana ocupó su espacio justo
y primordial, y amamos su perfume.

Creció un día tras otro, rebosaba
la plaza del frutero y fue su esfera
símbolo de un amor, redondo siempre,
siempre fruta gustosa, dulce y ácida
a un tiempo, y dilatada mordedura.

Creciendo llenó el cuarto, dio en los muros
y nos tuvimos que salir de casa.

Hoy vemos la manzana en su medida,
como al alcance de la mano, pero
con tristeza de que haya vuelto a ser
una fruta mordida sólo a medias.

SEGUNDA FABULACION

TIEMPO

¿Me disuelvo en el tiempo o soy el tiempo
que en mí se delimita?
Un paso más, y veo que camino
sobre una fina arista.

¿El tiempo es un bisel por el que avanzo
a lo largo de un día
único, que flanqueando va la nada
con inventadas rosas amarillas?

«Somos de tiempo», una vez dije. Poco
más hoy añadiría.
Tantos años, y tengo entre las manos
no más que aquella flor tan trágica y querida.

COMO VIEJOS TEMPLARIOS

Vamos montando un único caballo
como viejos templarios sin fortuna.
De antemano perdida la batalla,
despojados del manto para siempre.
Derruidos alcázares de orgullo
y el viento entre las ruinas
multiplicando sus inicuas lenguas,
repitiendo su cántico de infamia.
Quebrantamos los votos, y el maligno
era el suplantador jinete doble.
Reinos confabulados, feudales
victorias. Lejos el trajín armado.
Tú, juventud, Jerusalén perdida.
Pero jamás ninguno de nosotros
volvió la espalda.

LAS DOS MUJERES

Hace ya muchos años tuve un sueño.
En el sueño surgían dos mujeres:
una con ropa oscura, la otra envuelta
en un blanco y fruncido cortinaje.
Inmóviles y solas, a la orilla
del mar aguardan lentas e impasibles.
Detrás del rostro descubierto, el mar
coloca la bandeja de su plata,
detrás de la mujer oculta encrespa
una ola de tiniebla subversiva.

¿Son el día y la noche estas mujeres?
¿Son la vida y la muerte, son la fe
y la duda? ¿Esperanza y desespero?
¿Acaso la ilusión y lo vivido?
Desde el sueño me miran: una clara-
mente, la otra tras su manto blanco,
y yo quisiera descifrar los símbolos
que en esta doble aparición se encierran.
Pero todo termina por hundirse
en el lejano mar que las absorbe.

Ha transcurrido el tiempo y ya no hay sueño,
mas a diario encuentro dos mujeres:
una de rostro descubierto y otra
cubierta por un manto que estoy casi
a punto de arrancar.

A MEDIAS

Al entreabrir la puerta ella avanzaba
medio cuerpo hacia adentro.
El la vio medio rostro como
sorpresa, un brazo, un muslo, un pie...
Media sonrisa en el umbral del sueño.
Y la soñó completa mujer-mundo,
mujer-amor, mujer-totalidad.
Triunfo cuando la puerta al fin se abriese.

Mas la puerta se abrió completamente.
No daba a ningún sitio: sólo el mar
apareció en el fondo, y un camino
de luna deshaciéndose en las olas.
Y allí, en la jamba reclinado un hombro,
su figura cortada por el quicio,
seguía la mujer siendo la misma:
medio cuerpo hacia adentro, media forma
y una sonrisa y un amor a medias.

NO HABLEMOS DE LOS MUERTOS

No hablemos de los muertos; somos nosotros mismos.
Son la pequeña estría que graba la memoria.
Materia nuestra sólo. He soñado con ellos.
—¡Tántos años!— Venían, caminaban
conmigo y en mis manos dejaban flores frescas
igual que si ayer fuese abril recuperado.

Conversaban, decían, me miraban...
Pero el muerto soy yo. Eres tú. No hay más cosa
que la vida. La muerte es su conflicto,
su corrosión, humores que fermentan
y la tierra que vuelve a nuestras manos.

Han pasado los años. Ellos iban conmigo.
Podíamos mirarnos. Compartían mi historia.
La guerra era una cuerda áspera con que atábamos
unos pesados bultos de miseria,
mas también los manojos de esperanza.
A ellos se les soltaron las maromas
y aquellos artefactos miserables
los arrasaron ciegos. La guerra es una sima,
un agujero atroz. Como la nada.

Han pasado los años.
Los echamos de menos porque somos
materia que contiene su vacío
y vamos con su hueco que nos duele.
No hablemos de los muertos. No son ellos:
nosotros, tú y yo, somos
los muertos que seguimos con la vida.

EL ANIMAL CONSTANTE

Un extraño animal viene conmigo.
Me ha acompañado siempre y no parece
que nadie se dé cuenta. Pasa el tiempo
y sé que sigue ahí, como fue un día
el hosco compañero de mi infancia.

Mi madre, una mujer de sueño y nube,
acogía mis sustos cuando a salvo
del extraño animal yo me ponía
buscando sus maternas ensenadas
y el nardo compasivo de sus manos.

«No hay ningún animal». Mas yo sabía
que ella lo estaba viendo, y procuraba
alejar la visión como quien piensa
hallar por el deseo la esperanza
y proyectarme a su infinito espejo.

Con las fauces manchadas por la sangre
de ciegas dentelladas, me siguió
el animal por campos de la guerra
que sembraba el rencor de viejo plomo,
y aullaba confundido en la metralla.

Su acezar se sentía entre los muros,
instalado en la sombra y soledades
como si se alejara de la vida
con un gañido que llegó a marcarme
la humillada costumbre de estar vivo.

Otra mujer —como mi madre un día—
se propuso borrar de mi conciencia
al querencioso y trágico animal
que me aveza y persigue al mismo tiempo.
—«No hay nadie entre nosotros», me decía.

Pero yo sé que está junto a mi puerta,
que me espía a diario y solivianta
en mi contra sombríos maleficios
y me va devorando por las noches,
poco a poco, y dará cuenta de mí

VIEJA CALIGRAFIA

Un centauro de nada y de memoria
me trae ahora tu presencia oscura.
No mereció la pena el sacrificio
y fue no obstante el manantial de todo.

Veo tus letras dibujar latidos
perfiles o biseles de alma casi;
el sólo rastro, la única materia,
el estigma terriblemente único.

Se ha diluido todo: suave porte,
continente telúrico, voz grave
de lejanos acentos, manos como
planetas que promueven los eclipses

de la tristeza, frente para luces
de astros siempre en cenit, mirada desde
el hondón claro en que el dolor absuelve
por la piedad feliz de la sonrisa.

Sólo la letra sobrevive, sólo
una caligrafía persistente
como el regreso a cada amanecida,
tan tenaz como el signo de la tarde.

¿Por qué detiene al tiempo la escritura?
Tan diminutos ríos de luz negra,
¿cómo invaden planicies de años, zonas
de soledad, destierros o sequías?

Qué fortaleza la de tan liviana
muralla de finísimo diseño.
¿Sólo lo débil dura? (Tal vez sea
lo que el soneto de Quevedo invoca).

Fugitivo correr de feble pluma
sujetando desplomes y derrumbes,
apuntalando ruinas para siempre,
afirmando cimientos ya de nada.

Se repliegan tus líneas defensivas
hasta la ciudadela caligráfica;
aquí, vencido el tiempo, no combate:
indemne la alcolea de tu nombre.

El castro antiguo de tu corazón
aún se defiende: escarpa de tu letra
a fosos hondos. Nada pasa enfrente,
no hay avance enemigo, tú persistes.

Y ahora vuelvo a leer sobre los libros
viejas dedicatorias y tu letra
escribe **hijo**, y creo, de repente,
que un centauro galopa por mi pecho.

MUJER DE UN TIEMPO ATRAS

Es una mujer pálida, parece
extraida de algún daguerrotipo,
con leves gasas sepia por los hombros
y el esguince de un suave movimiento.

Acaso en su cabello hay unas ondas
de gusto antiguo, acaso el pie se enfunda
en rasos demasiado puntiagudos
bajo la plata de cuadrada hebilla.

Está sentada sobre el terciopelo
profundo que la acoge sueño casi
bajo una luz de desteñidas rosas
que no se sabe desde dónde irradia.

Ha dejado un momento reposar
las manos en sus muslos. Aún sostiene
un libro en piel azul y lomos de oro
donde grabado está un título breve.

Mas no alcanzamos a leerlo: al pronto
parece claro su grafismo, puro
el perfil de las letras, perceptible
su firme sucesión encadenada.

¿Qué título preside este pequeño
volumen que aún sostiene entre sus manos
esta fina mujer de un mundo atrás?
¿Qué enunciado propone su diseño?

De pronto me doy cuenta: la cuidada
envoltura es un mero cartapacio,
sólo un roto cuaderno gris y pobre
que debió de sufrir muchas lecturas.

Quisiera descifrar el jeroglífico:
esa doble apariencia, esos enigmas,
mas el libro que duerme entre los muslos
de la hermosa mujer cierra su espejo.

Tal vez esté yo mismo reflejado
en ese libro o cartapacio triste
y un ser de atrás recuerde mi episodio
y el título invisible sea mi nombre.

EL BOSQUE ANTIGUO

Con medio cuerpo de tristeza vuelvo
a pisar ese bosque familiar y querido
como un mundo hacia atrás, donde no somos,
donde hace tiempo éramos sonrisa
por ti, por tu esperanza, por tu rosa.

Con medio cuerpo de amargura miro
puras, remotas frondas donde cruza
todavía mi sombra que, gozosa,
moldeaba en la niebla formas nuevas
sin otro riesgo que el plumón del aire.

Con medio cuerpo de dolor os veo
piececitos de niño por la nieve
hacia mañanas transparentes, tardes
para una primavera recortada
de una historia infantil.

Con medio cuerpo

de decepción, de sueño mutilado,
voy al cruce de vías donde trenes

aparecen de pronto, pasan sobre
mis piernas y se alejan imprevistos
de viajes hacia nunca y estupor.

Qué pobre,

qué imposible centauro ahora quisiera
poder recuperar su media vida,
su medio cuerpo de ventura, pero
sólo percibe un llanto o un galope
que se pierde por ese bosque antiguo.

EL MANUSCRITO

Manuscribo el guión de mi aventura,
redacto el curso de mis episodios
con la caligrafía minuciosa
que responde a mi pulso y a su ritmo.

Pero cada mañana observo cómo
otra mano introduce correcciones
y hay una letra espuria que desvía
la línea de las fases que describo.

Somos un borrador que alguien altera,
que sufre torpes manipulaciones
e interpola secuencias y amarguras
y borra o tergiversa frases-clave.

Amanuense triste de mí mismo
me esfuerzo en reflejar el verdadero
argumento, el sentido de mi historia,
pero alguien me traiciona inicuamente.

Yo quisiera romper esas cuartillas
que falsean mi vida y ejecutan
un miserable estupro en la esperanza
combatida y perdida para siempre,

mas no logro quitarme esos papeles
adheridos a mí con tanta pena
que ni mojados en tu propio llanto
se arrancan sin que arranque piel con ellos.

AMARGO VERANO

Ya los cincuenta perros del Estío
desjarretan el cuerpo de Acteón
y prospera la edad de los Centauros
de lomos amarillos hacia Octubre.

Mira el ciervo de Agosto, rojo rastro
por la ceniza. No lo olvidaremos.
Nos arrastró con él a sus conflictos
de pobre cazador transfigurado.

Tú y yo sabemos que este Agosto duele
como ningún fracaso y que fermentan
algunos de sus más graves presagios
como pronunciamientos de amargura.

Vamos con el Arquero hacia el Otoño
mas tampoco sus flechas nos perdonan.
Ver hundirse a este Agosto de miseria
no nos investirá de inmunidades.

Sólo nos cede el mínimo desquite
de ver cómo se aleja, aunque nos deje
ese carro de paja ensangrentada
que tardará en arder,
que quizá sea siempre
como un cruel rescoldo.

AL AMANECER

Me desperté y me di cuenta
de que alguien estaba allí.
En la alcoba se notaba
el íntimo alojamiento
de un intruso sigilosa-
mente. Al fondo las cortinas
eran aún párpado al ojo
cerrado de la ventana.
Alrededor, derruidos
los paramentos del sueño
y una puerta inevitable
por donde iban desfilando
los regimientos confusos
que invadieron mi conciencia.
En la almohada aún se sentía
el sudor frío del miedo
y el gato de la tristeza
que arañó toda la noche
dejó una manta amarilla
desecho de su pelambre.
La noche ya caducada
era un castillo vacío,
un recinto saqueado
con las desquiciadas puertas.
El amanecer traía
sus azules cartapacios

de consabidos proyectos.
Pero alguien estaba ya
esperándome a los pies
de la cama. No era el perro
cansino de la costumbre,
no era el lagarto del asco
ni del tedio la tortuga,
no era el pulpo del dolor
ni el lobo del desengaño.
Nadie de la oscura fauna
que acude a mis comederos.
¿Quién eres? ¿Cómo pudiste
entrar? ¿Quién te dio la llave?
Pero no me contestó.
No tenía rostro, acaso
era un ser mudo. Miré,
contemplé su bulto informe.
Era la infelicidad.

TERCERA FABULACION

NI UNA PALABRA MAS

Tengo entendido que se debe morir
en silencio
Fedón. La muerte de Sócrates

Ni una palabra más.
La palabra que es vida, porque es verbo.
La vida: **verbi gratia**,
gracia de la palabra que es perfume:
desciende de la rosa gris y asciende
desde la rosa roja. Son dos rosas
las que nos dan la vida y la palabra.

Ni una palabra más, porque la muerte
se une a la negación del **verbum**, es
el adverbio final y silencioso.
Es proverbial la vida
y es adverbial la muerte
y el silencio es el dedo que en los labios
marca el final del soplo que fue hálito.

No hay más palabra ya, no se pronuncia
la muerte, negación del nuncio,
oposición al emisario que habla
de aquella doble rosa,
pasión, conocimiento,
jardín de vida que la lengua riega,
dialéctica del sueño y la esperanza.

Se han secado las rosas y el silencio
es un desierto mudo,
un testimonio áfono por donde
ya no se oye crecer tallo o aroma
sonora de la doble rosa viva.
Lentos aran los bueyes de la nada
para enterrar las rosas moribundas.

Así debemos esperar: callando,
amortajado en túnica silente,
olvidando que fue la vida verbo,
creando en torno nuestro la no música,
la no pronunciación, la no palabra,
la sola soledad de no decir,
de no cortar las rosas.

PAUL LUDWIG LANDSBERG MUERE EN EL CAMPO DE CONCENTRACION DE ORANIENBURG (2-4-1944)

Ahora podrían los centauros
pastar en estas ruinas, en esta realidad.
El viento arranca ya las hojas
de la revista **Esprit**,
cuando marzo se hiela entre fusiles.

La muerte, ¿una experiencia?
La vida es un valor —**ordo amoris**—, un escoger consciente,
y la antropología
un delicado encaje o randa muniquesa.

El centauro camina en ese prado
donde el **nous** y la **psique** alzan jugosas hierbas
para rumiar en lenta metafísica.

Pero, ¿abrir una puerta no es legítimo?
Un año en Oranienburg
¿no será una experiencia miserable?
La tierra toda es Oranienburg
y el centauro se aleja
perdido entre la niebla del Spree o del Havel.
Un toro vuela sobre Europa.
¿Por qué no abrir la puerta,
esa puerta que nadie puede negar del todo?

Como una rosa en la experiencia última
se ha secado el espíritu que pudo ser testigo
de una más que insegura realidad.

Hay una silenciosa artillería
mientras la del estruendo atraviesa Polonia;
hay unas alas férreas e invisibles
mientras otras arrecian desde el cielo.

Ese barro, ese frío que aún no secó la primavera
cala los huesos del espíritu
y hiela el corazón (**¿Ordo amoris?**, yo pregunto esta vez).

¿Para qué apacentar, Paul Ludwig, los centauros?
Tus 43 años imposibles
ya no podrán decirnos quién tenía,
si Friedrich o Max,
la razón. ¿Qué razón? ¿Qué razones?

La niebla cunde por Europa
como sobre tus ojos,
Paul Ludwig.
La niebla es una sombra o nada,
y al fin la muerte es niebla, no experiencia.

EL SUEÑO

(18 de julio)

Volví a soñarlo anoche. Iban mis padres
por una blanca plaza bombardeada,
se refugiaban en sombrías torres
en donde una mujer de piedra y mito
lloraba lentamente sangre.
Mi madre balbució mi nombre —al fondo
contestaba la ciega artillería—.
La sombra de mi padre resbalaba
como una noche súbita. Yo quise
llamarles desde el fondo de mis años,
pero mi voz era una rama sorda.
Hice señales, pero no me vieron.
Intenté levantarme, estaba herido
y mi cama flotaba como un humo
sobre un campo de guerra planetario
en que cundían tristes batallones.
Quise correr hacia la plaza aquella
en donde la metralla los cercaba,
pero todo era un rastro de ceniza
y la luna de hierro era un augurio.

La mañana siguiente alguna mano
extraña abrió el armario de mi ropa
y me puso unas prendas militares
con las que por ciudades derruidas
cruzó mi juventud de ángel sonámbulo

y lábil. Por encima de mi hombro
el ala del pañuelo de mi madre
me transportaba un vuelo azul de lágrimas.

Volví a soñarlo anoche, y en el sueño
ya no estaba mi madre, sólo una
montaña maternal, de inmenso vientre
para el seismo de su parto múltiple.
Se disgregaban hacia rumbos lázaros
resucitados regimientos leznes
de lava y exterminio. Todo era
una visión telúrica cruzada
de cósmico terror y cielo de odio.
(Quizá me desperté, porque de nuevo
creí escuchar que madre estaba hablando
en la contigua habitación del sueño).

Volví a soñarlo anoche. Es una fábula
cruel y atravesada de derrotas
de la que salen manos que sujetan
mi cuerpo, que ha perdido ya el arcángel
indemne, manos hechas de raíces
legendarias, remotas, amarillas
como una primavera que no supo
librarse de la cárcel del invierno.
Volví a soñarlo. Es una historia falsa,
un inventado espejo de amargura,
un calendario en blanco donde sólo
una fecha de sangre se adivina.
Mas no ha existido nunca, ni tú, madre,
me llamas ya desde la plaza en llamas.
No hubo nunca una guerra ni el verano
cuelga ahora sus reliquias de memoria.

LA MUERTE NO ERA SUYA

¿Es cierto, cierto, lo de García Lorca?
(De una carta de Miguel Hernández)

No lo sabemos de momento y nada
nos hace sospechar, pero la muerte
es el abrigo aquel de cuando niños
que nos estaba grande porque era
del hermano mayor. Transcurre el tiempo
y el abrigo se adapta a nuestros hombros,
nos llega a media pierna, nos ajusta,
nos cruza por el pecho y es lo mismo
que si fuera cortado a la medida.

Luego lo paseamos por las calles
de la vida. Esquivamos las miradas,
nos cambiamos de acera y aun les damos
esquinazo a las gentes. Todos saben
que el abrigo no es nuestro, pero queda
tan propio, que ya nadie nos pregunta
y la tela se torna un envoltorio
casi igual que la piel, tan necesario
como de haber nacido con él puesto.

Nunca es nuestro el abrigo, nunca es nuestra
la muerte, pero sabe conquistarnos,
tantos méritos hace que consigue
que poco a poco en ella confiemos

dejando que su paño nos abrace
y un buen día caemos en la cuenta
de que estamos del todo a merced suya
y nada de nosotros ya se mueve
si no es con su sombrío movimiento.

«Da a cada uno, oh Dios, su propia muerte»,
¿No es esa la oración, Rainer María?
¡Qué hermoso! Y sin embargo no es verdad
que cada uno tenga ya asignada
una muerte, un abrigo, como si
de un almacén de ropa se tratase
y alguien fuera buscando la etiqueta
donde están nuestras señas personales,
nuestro nombre perfectamente a punto.

Nunca es nuestra la muerte: siempre extraña,
siempre un traje vacío, una sorpresa,
una cruel atribución, un canje,
una certera crueldad. Acaso
un verano imprevisto el viento sopla
seco, estepario, horrible, como un ciego
vendaval amarillo, como un sordo
tropel de reses negras, como un mudo
torbellino de espadas y rencores.

«Cierra la puerta...» Pero arrecia el viento
y golpea ventanas, troncha ramos,
abate girasoles y sitúa
cuchillos en las manos y en las bocas
sarros y espuma y hiel regurgitada.
«Déjala, no es la tuya...» Orfeo canta
todavía, y aún es cristal sonoro
que se quiebra con un solo sonido.
Pero la muerte no será una rosa.

Y el niño que sabía que era grande
aquel abrigo, huye entre tinieblas
pues que se desplomó su cielo claro.
Busca un ala de lágrimas o a Eurídice,
unas manos, quizá, de madre, un beso
y no quiere ponérselo y se pierde
tiempo abajo, desnudo,.. (era la mala
muerte). Se alza imperfecta la existencia
y se ha quedado solo entre fusiles.

Luego se fue lloviendo lentamente,
una canción, un verso, un llanto antiguo
moldearon la muerte a su figura.
Al fin y al cabo nos convence y mira
tan a los ojos que acabamos por
asemejarnos a la propia muerte.
Las piedras aprendieron a escuchar
y perduró lo frágil con su vuelo.
La noticia, ya cierta, fue una cita
y el abrigo por fin le quedó justo.

FABULACION FINAL

UNA MUJER EN LA PUERTA

¿Quién llama? Una mujer hay en la puerta
golpeando. Ignoramos su mensaje.
Alguien que emplea un críptico lenguaje
pero deja su cara descubierta.

Mira con ojos de mañana incierta
y lleva un conocido, un vulgar traje.
Tiene el aspecto de llegar de un viaje.
De ir hacia un viaje es su confusa oferta.

¿Quién llama? ¿Para qué? ?Qué nos propone?
Su continua llamada, ¿qué supone?
¿Por qué de nuestra puerta no se aparta?

Una mujer llamando todavía.
Está esperando a que se acabe el día
para entregarme al fin su mortal carta.

Indice

FABULAS ULTIMAS 9

PRIMERA FABULACION

Fábula (I) 13
Fábula (II) 14
Fábula (III) 15
Fábula de las rosas perdidas 16
Fábula del viejo poema 17
Fábula del zoo 18
Fábula del centauro 19
Fábula gris 20
Fábula del sapo 21
El caballo gris 22
Viejos caballos 23
La leyenda 24
Los caballos 25
La ciudad 27
Paisaje 29
Edad Media 30
Un árbol en la mesa 31
La manzana 32

SEGUNDA FABULACION

Tiempo 35
Como viejos templarios 36
Las dos mujeres 37

A medias 38
No hablemos de los muertos 39
El animal constante 41
Vieja caligrafía 43
Mujer de un tiempo atrás 45
El bosque antiguo 47
El manuscrito 49
Amargo verano 51
Al amanecer 52

TERCERA FABULACION

Ni una palabra más 57
Paul Ludwig Landsberg muere... 59
El sueño 61
La muerte no era suya 63

FABULACION FINAL

Una mujer en la puerta 69

OTROS LIBROS DE LEOPOLDO DE LUIS:

De Poesía

ALBA DEL HIJO. Colec. Mensajes. Madrid, 1946.
HUESPED DE UN TIEMPO SOMBRIO. Colec. Norte. San Sebastián, 1948
LOS IMPOSIBLES PAJAROS. Colec. Adonais. Madrid, 1949.
LOS HORIZONTES. Planas de poesía. Las Palmas, 1952
ELEGIA EN OTOÑO. Colec. Neblí. Madrid, 1952.
EL ARBOL Y OTROS POEMAS. Colec. Tito Hombre. Santander, 1954.
EL PADRE. Colec. Mirto y Laurel. Melilla, 1954.
EL EXTRAÑO. Colec. Agora. Madrid, 1955.
TEATRO REAL. Colec. Adonais. Madrid, 1957.
JUEGO LIMPIO. Colec. Palabra y Tiempo. Tautus. Madrid, 1961.
LA LUZ A NUESTRO LADO. Colec. El Bardo. Bacelona, 1962.
CON LOS CINCO SENTIDOS. Colec. Fuendetodos. Zaragoza, 1970.
DE AQUI NO SE VA NADIE. Edición del Ayuntamiento de Gandía. 1971.
TEATRO REAL y JUEGO LIMPIO. Edit. Espasa-Calpe. Colec. Austral, 1975.
IGUAL QUE GUANTES GRISES. Colec. Angaro. Sevilla, 1979 (2.ª ed., 1980).
ENTRE CAÑONES ME MIRO. Edición del Ayuntamiento de Madrid, 1981.
UNA MUCHACHA MUEVE LA CORTINA. Edic. Fundación Zoilo Ruiz Mateos.Rota, 1983.
DEL TEMOR Y DE LA MISERIA. Edit. Orígenes. Madrid, 1985.

Antologías

POESIA (1946-1968). Plaza & Janés. Barcelona, 1968.
POESIA (1946-1974). Plaza & Janés. Barcelona, 1974.
LEOPOLDO DE LUIS (Antología con estudio de Concha Zardoya). Ministerio de Cultura, Madrid, 1982.
OTRA VEZ CON EL ALA EN LOS CRISTALES. Colec. Arenal. Jerez, 1986.

De crítica

POESIA SOCIAL ESPAÑOLA CONTEMPORANEA. Edit. Alfaguara. Madrid, 1965 (Tercera edición: Edit. Júcar, 1982).
POESIA RELIGIOSA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA. Edit. Alfaguara. Madrid, 1969.
LA POESIA APRENDIDA. Edit. Bello. Valencia, 1975
ANTONIO MACHADO, EJEMPLO Y LECCION. Edit. S.G.E.L., Madrid 1975 (Segunda edición: Fundación Banco Exterior, 1988)
VIDA Y OBRA DE VICENTE ALEIXANDRE, Selecciones Austral Espasa Calpe, 1978.
ALEIXANDRE: BIOGRAFIA. ANTOLOGIA DE VERSO Y PROSA. Edit. Bruguera, Barcelona, 1982.
CARMEN CONDE: ESTUDIO Y ANTOLOGIA, Ministerio de Cultura, Madrid, 1983.
APROXIMACIONES A LA VIDA Y LA OBRA DE LEON FELIPE. Instituto de España. Madrid, 1984.
VICENTE ALEIXANDRE PARA NIÑOS: Estudio y antología. Ediciones de la Torre. Madrid, 1984.
ENSAYOS SOBRE POETAS ANDALUCES DEL SIGLO XX. Biblioteca de Cultura Andaluza. Sevilla, 1986.
GONZALO MORENAS DE TEJADA: UN MODERNISTA OLVIDADO. Asociación de Escritores y Artistas Españoles. Madrid, 1986.
AGUSTIN MILLARES: UNA POETICA DE LA UTOPIA. Centro Asociado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Las Palmas, 1986.

COLOFON

La primera edición de
«La sencillez de las fábulas»,
de Leopoldo de Luis, se acabó
de imprimir el día 15 de octubre
de 1988, festividad de Santa Teresa
de Jesús, en los talleres de
Gráficas Dehon
Torrejón de Ardoz (Madrid)

POESIA

1.—«LABERINTO DE ARENA»
Juan Van-Halen

2.—«ENCENDIDA SOMBRA DE OTOÑO»
José Javier Aleixandre

3.—«ESTE MILAGRO NUESTRO»
Francisco Mena Cantero

4.—«LA MUJER MUERTA»
Jaime Delgado

5.—«LA SENCILLEZ DE LAS FABULAS»
Leopoldo de Luis

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
GUADALAJARA